

He sido calumniado; ¿cómo me justificaré, y cómo sabré soportar?

He sido condenado; ¿cómo expiaré mi culpa?

¡Dios mío, *una luz, una palabra, una inspiración!*

.....  
¡Gracias, Dios mío!

### III.—DIOS MÍO, MI PROTECTOR

¡Vengo á pedir os vuestro apoyo, vuestra defensa, vuestro amor!

¡Oh! Si alguna vez he tenido necesidad de Vos, es en esta hora, ¡oh Dios mío!

Ved lo que me amenaza.

Ved lo que me perturba.

Ved lo que he merecido.

Ved lo que me atormenta.

¡Oh! Vos que sois siempre Padre, siempre misericordioso, siempre poderoso y omnipotente; Vos que podéis todo lo que queréis, ¡piedad, piedad para vuestro pobre y desgraciado hijo!

¡Ocultad el mal que he hecho!

Detened las consecuencias que este mal debería producir.

Apartad las sospechas que pesan sobre mí.

¡Envolvedme en vuestra misericordia!

.....  
¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡Oh qué bueno sois!



Decid: ¿no es dichosa el alma que así vive con Dios? ¿Y acaso nos sería difícil á alguno de nosotros vivir como ella?

## XVII

### Lección de Filosofía.

#### UN JUEGO DE NIÑOS

Voy á pedir ahora á uno de los juegos de la primera edad una de esas lecciones que, despertando en los labios la sonrisa y un recuerdo en el corazón, vienen á recordarnos dulcemente *los deberes de la vida.*

Tiernos niños, que descuidados y gozosos jugáis ó cerca del hogar, ó en alguna calle de árboles, cerca de la mesa donde trabaja vuestra madre, ó simplemente sobre el suelo del estrado; tiernos niños, vosotros no sospecháis cuánta hermosura, grandeza y utilidad irradian de esa cabeza que configuráis con vuestra varita, de esas imágenes que recortáis, de esas cartas con las que formáis un castillo, y de esas cintas de fuego que hacéis alrededor de la chimenea, y que hacen ya vagar á vuestra imaginación. Escuchadme hoy, y más adelante me comprenderéis.

## II. — EL HILO CRUZADO

Son dos niños, hermano y hermana, sentados uno frente al otro; un simple hilo está entre las manos de la niña, que ata sus dos extremidades, y después, llena de gozo, lo abre y lo pone como un óvalo en las manos de su hermano, abiertas para recibirlo. ¿Pien- sa ella que este hilo es el emblema de la vida?

Su hermano también se sonríe.

— *Voy á empezar*, — dice la pequeña.

Y con sus deditos toma delicadamente la mitad de las dos líneas formadas por el hilo, las levanta, las entrelaza, quita á su hermano el hilo, y enseñándolo en sus manos bajo una nueva forma, exclama:

— ¡ *Una cuna!*

Sí, niña; una cuna es la primera figura que tu formas. ¿No es acaso la primera cosa que, al comenzar la vida, Dios nos pide á todos: hacer una cuna de nuestro corazón? Una cuna *blanca* por la inocencia, *suave* y mullida por la bondad, caliente por la caridad.

Una *cuna* para recibir en nosotros y para nosotros á Jesús niño y á Jesús Eucaristía.

Una *cuna* para recibir y abrigar á los pequeños, á los pobres que necesitan ser amados.



Continuad, niños: después de la cuna, un hilo levantado y entrelazado de una manera particular por el hermano, forma luego una

figura nueva y rara: es una sierra. Y los dos niños se mueren de risa agitando sus manecitas con un vaivén continuo, imitando la acción de los que asieran madera.

¡Reid, niños, reid mientras vuestras manos se ejercitan en un trabajo fingido!

Bien pronto será real ese trabajo, y se presentará, ya bajo una forma ó bajo otra, y será necesario, so pena de ser culpable, aplicarse seriamente á él.

¿Queréis que el trabajo no os sea tan penoso? Hacedlo como hoy, con alegría.

La alegría en el trabajo centuplica las fuerzas.

—

— ¡Yo, yo! — dice la hermana.

Y comenzando á enlazar el hilo que tenía su hermano, combina, busca, y esta vez el hilo forma un gracioso cuadro:

— ¡Un espejo! — exclama.

Y la coquetuela se sonrío, y, quizá sin sospecharlo, se ruboriza y permanece mirándolo... Y como su hermano, impaciente, quie-

re hallar una figura nueva, *el hilo sacudido y mal tomado* se anuda y... es necesario volver á comenzar.

¡Oh, hijo mío! Nada de precipitación en la vida, y siempre que dos trabajéis á una, trabajad con armonía: y tú; niñita, *atención y nada de ensueños*; los ensueños hacen olvidar el deber. Es necesario aplicarse á todo, aun á las cosas que parecen más insignificantes.

—

Y queriendo recuperar el tiempo perdido, miradlos á los dos trabajando en desenredar el hilo, y con su apresuramiento el hilo se rompe, y ambos se miran confusos y admirados.

¡Pobres niños! ¡Oh, que no suceda así en vuestra vida! La impaciencia y el apresuramiento nada remedian, y los objetos materiales, lo mismo que las almas y los corazones, necesitan ser tratados con delicadeza.

—

—¡Otro hilo! Volvamos á comenzar,— dijo la hermana.

—No,—dijo el hermano,—continuemos.

Y de allí la disputa; y esta vez rompen el hilo expresamente y le arrojan lejos de sí, separándose ambos descontentos.

Vedlos enojados, y ved una hora mala en su vida de niños, que debía estar tan risueña y pacífica; una hora mala en un día, es un fruto malo que echa á perder muchos otros.

¡Niños, niños! El amor propio entristece la vida y aísla el corazón. ¡Oh! Aprended esta santa palabra, que mantiene la paz en los corazones destinados á vivir juntos y á amarse: *No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú, lo que tú quieres.*



Yo levanté el hilo que los niños habían arrojado lejos de sí, y mirándolo, murmuré en voz baja: «Juguetito de niño, tú vienes á recordarme que para ser útil en la tierra y meritoria para el Cielo la vida, debe compo-

nerse de inocencia, de trabajo, de paciencia, de abnegación y de condescendencia.

## XVIII

### ¿Qué es lo que he perdido?

Aquella tarde, un religioso franciscano nos hablaba de la influencia que debía tener en una familia un alma piadosa, abnegada, y sobre todo paciente; un alma que, comulgando todos los días, saliese del templo risueña y fuerte, llevando á Dios consigo, procurando obrar, hablar, sufrir, como hubiera obrado, hablado y sufrido aquella de quien ella quería ser esclava é hija: *la Santísima Virgen María.*

«Yo he conocido una de estas almas,—nos dijo el religioso,—y á ella Dios había dado gran heredad de sufrimiento.

»Su marido, antiguo oficial, educado por una madre piadosa, había tenido *fe*; pero la vida de los cuarteles había borrado la marca primitiva de la religión. Era valiente y leal;

pero la duda poco combatida había reemplazado á la fe, y después de la duda había venido esa indiferencia fría y triste que es la forma decente de la impiedad.

»La pobre mujer, en libertad para sí y para su hija de observar todas sus prácticas de piedad, lloraba en el fondo de su alma y rogaba por la conversión de aquel que tanto amaba en la tierra para no tener que separarse de él en el Cielo.

»Un día, un nuevo dolor vino á agregarse á los anteriores: su marido la hizo saber que era *francmasón*.—Él dijo esto como una cosa muy sencilla, y no vió que su mujer palideció y estrechó á su hija contra su corazón, como para preservarla de una desgracia, ó quizá para recurrir á la inocencia de la niña contra el peligro que corría el alma de su padre.

»Sus ojos, llenos de lágrimas, se fijaron en una estatuita de San Antonio de Padua que

tenían en su aposento, y un pensamiento iluminó su alma entristecida.

»—Hija mía,—le dijo:—pide á San Antonio que tu padre encuentre lo que ha perdido.

»—¿Qué es lo que mi padre ha perdido?

»—Lo sabrás más tarde: ruega, y nada le digas.

»La mirada sencilla de la joven se levantó hacia la estatuita, y sus labios se abrieron para dar paso á estas palabras: *Gran Santo, hazced que mi padre encuentre lo que ha perdido.*

»En este momento la puerta se abrió, y el marido vino á advertir á su mujer de que iba á salir.

»Había oído, y se preguntaba en el camino:

»—¿Qué será lo que yo he perdido? Sin duda mi mujer es la que habrá perdido alguna cosa... ¿Pero qué idea la de ir á pedir eso á esta estatua? Después de todo, ¡poco importa! ¡Ella es tan buena esposa y tan buena madre!...—Es igual, lo mismo es que yo la diga que no se aflija, porque si fuera una cosa seria ya me lo hubiera dicho.

»Como eran los primeros días de Junio, el oficial pensó que una tarde tan hermosa le prometía más gozo en el campo que entre las cuatro paredes de su casa.

»—¡Una idea!—se dijo, golpeándose la frente.—Voy á buscar á mi mujer y á mi hija, é iremos á dar un paseo al campo... pero... ¿qué es lo que yo he perdido?

»La mujer se sonrió llena de gozo, echó una mirada de gratitud á San Antonio cuando su marido vino á comunicarle su idea; pero enmudeció y se ruborizó cuando le oyó añadir:

»—*Dime: ¿he perdido yo alguna cosa?*...

»—¿Por qué me lo preguntas?—respondió ella.

»—Porque he oído á la niña...

»La conversación no pasó de allí; pero no se le escapó al oficial la turbación de su mujer, y él mismo se preguntaba á menudo:

»—*¿Qué será lo que he perdido?*



»El 12 de Junio por la tarde, la madre se hallaba en su aposento con su hija, que decía con fervor su extraña oración: *Gran Santo, haced que mi padre encuentre lo que ha perdido.*

»—Pero, en fin, dime lo que he perdido, —exclamó el oficial entrando repentinamente en el aposento.—Hace ocho días que este pensamiento me asedia... Tú haces rezar todos los días á la niña con este objeto; pero harías mejor en decírmelo, porque así sabría si eso vale la pena de fatigar á la niña.

»La esposa se levantó, mirando con calma á su marido, y le dijo:

»—¿Te conformarías con separarte de mí para siempre?

»—¡Ah! Eso no; y si para eso rezas y vas á la iglesia, bien puedes abstenerte de ello.

»—Y, sin embargo, si no encuentras lo que has perdido, será necesario que nos separemos... y para siempre.

»Su voz estaba conmovida y sus ojos llenos de lágrimas.

»—¿Pero qué cosa es? ¿Qué es lo que yo he perdido?

»—*La fe... la fe de tu madre...* y yo no quiero separarme de ti; no, no lo quiero: es necesario que la vuelvas á encontrar.

»La pobre mujer lloraba, mientras que él, sin decir nada, salió de la habitación.

»—*La fe,*—decía,—*la fe de mi madre... de mi mujer, de mi hija...*

»Y durante toda la noche, la piadosa mujer, que oraba, le oyó pasear por la habitación, agitado y repitiendo:

»—*La fe... la fe de mi madre.*

»Al día siguiente por la mañana, entró sin decir nada en el cuarto de su mujer; después, como despertado por una idea repentina:

»—¿Celebráis hoy alguna fiesta?—dijo.

»—Sí, amigo mío, la fiesta de San Antonio de Padua.

»—¡Ah! ¿Del santito de la chimenea? Pues bien: ¡gracias, San Antonio!

»Y como su mujer le miraba ansiosa:

»—*Sí, sí, amiga mía,*—exclamó tendiéndole

le los brazos:—*es cosa hecha: he hallado al fin lo que había perdido.*

»Algunos minutos más tarde, el lego portero del convento de los franciscanos llamaba á uno de nuestros Padres para confesar al oficial, que había encontrado su fe.»

## XIX

### Una felicidad poco conocida, y sobre todo poco deseada.

Es la felicidad de incurrir en inadvertencias, es decir, de sufrir delante de todo un público esos accidentes menudos, accidentes que no dañan á la salud, ni al honor, ni á la reputación, ni á la virtud; que á nadie perjudican, pero que nos ponen *un poco en ridículo*.

Nada hay tan penoso de soportar como *una pifia*, no cometida sino sólo *escapada*; humilla, enoja, atormenta, está siempre allí, ante los ojos, mostrándonos los testigos de nuestro aturdimiento, burlándose en voz baja, mi-

rándonos con ojos punzantes que parecen decirnos: ¡Qué tonto!

—•—

¿Y á eso llamáis felicidad? Sí, bajo el punto de vista divino.

*Una pifia* es una pequeña humillación que Dios permite para borrar esas faltas ligeras que empañan la belleza de nuestra alma, y que nosotros jamás hubiéramos pensado en expiar directamente.

*Una pifia* es una advertencia material de nuestro ángel bueno, que quiere corregirnos de algún defecto..., ordinariamente de nuestra presunción y de nuestra propensión á burlarnos de los demás.

*Una pifia* es la punta acerada de esa mágica varita dada por su madrina al Príncipe Encantador, cuya historia se nos contaba en los días de la infancia. Era, bien lo sabéis, un principito molesto, presuntuoso, susceptible, vanidoso, como muchos de nosotros, que tenía la dicha de tener por madrina á una hada, y esta hada le hizo el regalo de una

varita de precioso diamante; pero provista de una punta que le punzaba cada vez que tenía un capricho.— Algunas *pifias*, un poco más numerosas, nos habrían hecho muy pronto más modestos, más dulces, más conciliadores, más benévolos, como lo fué después de muchas punzadas el Príncipe Encantador.

—•—

Se ha dado á las *pifias* el nombre pintoresco de *apagadores de Dios*, y nada más verdadero y más ingenioso que esta denominación; en ella sobre todo se muestra la dicha de dar *pifias*.

- 1.º Un apagador supone un cirio, ó al menos una vela, y una vela encendida; ¿para qué serviría el apagador si la vela no estuviese encendida? Así, pues, éste es el primer consuelo de aquellos á quienes Dios envía las humillaciones de una *pifia*: iluminan, son buenos para algo.—Los tontos no dan *pifias*, ó al menos no hay quien se fije en ellas.
- 2.º Un apagador puesto sobre una bujía encendida, tiene por resultado *economizar*-

la... Segundo consuelo para aquellos á quienes Dios distingue con una pifia: *se economizan*. Os habriais bien pronto gastado por la presunción, por el amor propio, por la malignidad, oh brillante antorcha; pues duraréis muchos años, Dios os ha reservado por la humildad, por la modestia, por el amor á la soledad.—Nos procuramos esconder cuando damos una pifia.

3.º Un apagador no quita á la bujía la facultad de volver á ser encendida, y su lugar sobre ella no es sino momentáneo... Así, pues, tercer consuelo: Dios, que sabe quien sois y los recursos que tenéis, vendrá á encenderos nuevamente cuando llegue vuestra hora: sabed resignaros, sufrir y esperar.

¡Cuántos ejemplos brillantes pudieramos citar! Pero las pifias no se escriben, se refieren.

—\*—

¿Será necesario, á propósito de las pifias, penetrar más adentro en la vida íntima del alma, bajo el punto de vista de sus progresos sobrenaturales y de su perfección?

Dejemos, pues, esta palabra, que despierta siempre una ligera sonrisa, y hablemos de esas pequeñas humillaciones imprevistas, que vienen repentinamente á manifestar á los demás nuestro aturdimiento, nuestra ligereza, nuestra poca memoria, nuestra fatuidad; *extravagancia de carácter, olvido en nuestro modo de vestir, faltas de gramática escapadas por la precipitación de la palabra ó de la lectura, aberraciones de la memoria, que delante del público nos hacen cometer risibles anacronismos...* todo esto, aceptado generosamente por un alma en quien Dios ha sembrado preciosas virtudes, hace penetrar lentamente en ella el jugo nutritivo de la humildad, y este jugo es para tales virtudes, así como el abono grosero, y algunas veces repugnante, con que el jardinero rodea á las más exquisitas plantas.

—\*—

La historia de los Santos nos muestra un gran número de ellos que deben su alto grado de santidad á las pequeñas humillaciones

que les hicieron soportar los defectos aparentes de su cuerpo y de su espíritu, con que Dios, en su bondad, les había favorecido.



Ved, pues, si es provechoso á vuestra alma cometer *pifias*.

## XX

### Un pecado menos.

Un domingo por la mañana, en un cuartel de Londres, el *policeman* en turno, al hacer su ronda, advirtió que la barrendera ordinaria de la calle había sido cambiada; tomó nota y pasó adelante.

Si hubiera preguntado á esta nueva *empleada*, habría sabido que era la hija de un embajador de Inglaterra en Francia, la hermana de un ministro de la reina, *Lady Georgina Fullerton*.

La cual había pasado por la mañana yendo á la iglesia, y deteniéndose delante de la barrendera de la calle, que involuntariamente

se había rozado con ella, le dijo con su dulce voz:

—¿Habéis oído la Misa hoy, buena mujer?

—¿La Misa? No puedo, no tengo tiempo; es necesario que barra.

Y la noble cristiana, dando una moneda á la barrendera, toma la escoba y se pone á barrer la calle, diciéndole:

—Vaya Ud. á Misa, hija mía.

Y si por la noche, en el salón brillantemente iluminado, los que conocieron este acto de la mañana, tan sencillo para esta cristiana y tan heroico para nosotros, la hubieran felicitado, habrían visto sus labios abrirse ligeramente para sonreirse como se sonríen los ángeles, y hubiera dicho sencillamente: *Ya hay un pecado menos al lado nuestro.*



¡Un pecado menos! ¡Sólo los santos tienen luces suficientes para comprender lo que encierran estas palabras!

*Un pecado menos*, es en una casa, en un alma, la detención del castigo que amepa-

zaba; detención quizá muy larga, quizá perdurable.

*Un pecado menos* es en una casa, en un alma, Dios obedecido, Dios glorificado, Dios amado; es Dios atraído por los esfuerzos de esa alma generosa que ha impedido una rebelión contra él; es Dios aprisionado, hecho huésped, amigo, protector de esta casa, y de esta alma, á causa de ese pecado que se evitó. Es la serenidad que vuelve á ese pedazo de cielo que la tempestad había invadido; es la alegría radiante que se insinúa; es la esperanza que se manifiesta.

¡Oh madres! ¡Oh esposas! ¡Oh hijas cristianas! A toda costa evitad que cerca de vosotras se cometa un pecado. *¡Un pecado menos* es el principio de la gloria!



Si supieseis lo que es, en una casa y en un alma, *un pecado permanente*, y la ruina que produce este pecado en medio de la noche que ha introducido, y la lenta pero se-

gura destrucción que obra en todas las facultades del alma...

¡Oh! Cómo os esforzaríais con vuestras oraciones, con vuestra abnegación, con vuestros sacrificios, con vuestro más asiduo trabajo, con vuestros dolores más generosamente aceptados, con vuestra paciencia y vuestra dulzura en las contrariedades, cómo os esforzaríais por detener, al menos momentáneamente, ese trabajo subterráneo é infernal, tanto más terrible y espantoso cuanto que no se manifiesta al exterior.

*Un pecado más* es quizá el último anillo que va á entregar para siempre un alma al demonio.

*Un pecado más* es Dios abandonado una vez más; Dios que volvía, pero á quien se hace comprender que importuna.—Es el odio creciente á Dios; es una llaga envenenada que puede ser que nunca cicatrice; es la alegría agotada; es el poder de amar extinguido; es el temor vago quizá, pero real y permanente, de un castigo presto á caer.

Y todo esto, ¡oh esposas!, ¡oh madres!, ¡oh hijas muy amadas!, todo esto podéis impedirlo haciendo que se evite un nuevo pecado.

*Un pecado menos* es una dilación en el mal y una dilación en el castigo; y mientras sucede esta dilación, Dios tiene tiempo de volver y de ser oído.



En el siglo XVII, cuando los franceses arrojaban á los ingleses de Dunkerque, un oficial que se retiraba cubierta de vergüenza la frente, volviéndose hacia los vencedores les arrojó esta amenaza:

—*Pronto volveremos.*

—*Sí,*—respondió con calma un oficial francés, —*sí volveréis, pero sólo cuando nuestros pecados excedan á los vuestros.*

¿Por qué la justicia divina no castiga á esta ciudad, á esta casa?—Es que el número de los sacrificios y el de las buenas obras excede al de los crímenes.



¡A la obra, pues, almas generosas, mujeres

cristianas, que venís tan á menudo á alimentaros del cuerpo de Jesucristo!

Orad mucho, sí: orad mucho, pero obrad también.

¿Creéis acaso que, únicamente para agradar, Dios ha dado simpatía á vuestra voz y encanto á vuestra mirada? *No, es para conducir las almas á Él.*

Dios os ha hecho reinas del hogar; sabed, pues, mandar.—Pero reinas de parte de Dios; y á Él, á Él sólo debéis dar cuenta del empleo de vuestra autoridad.

## XXI

### Lo que da miedo á los santos.

El P. Lacordaire predicaba en Lyón.

«Nunca,—dice un historiador,—se había visto éxito semejante; rayaba en delirio. En un tiempo en que la Cámara y la prensa atizaban el fuego de las pasiones antirreligiosas, y trataban de sofocar bajo el desprecio el esfuerzo de resurrección monástica, *un monje*

vestido como en la Edad Media, encadenando con su palabra lo más escogido de la población lionesa, renovaba en pleno siglo XIX las maravillas de los antiguos predicadores de la fe.

»Desde las cinco de la mañana, una multitud considerable invadía la iglesia metropolitana y compraba con siete ú ocho horas de espera la dicha de algunos minutos de elocuencia cristiana. ¡Era ésta tan arrebatadora, subía tan alto, lejos, muy lejos de las preocupaciones materiales, aquella elocuentísima palabra! Y cuando esta inmensa asamblea, excitada por el soplo inspirado del profeta, fermentaba y rugía, sólo el respeto del lugar santo comprimía con gran trabajo los murmullos de aprobación y los aplausos entusiastas.

»Una noche, después de una de sus más hermosas conferencias, en la humilde morada donde el P. Lacordaire se retiraba para orar y recogerse, sonó la hora del refectorio, sin que el Padre bajase de su celda; se le es-

peró largo tiempo; y no viendo venir á quien tan exacto era ordinariamente, un eclesiástico subió á su celda y llamó á la puerta. No respondiendo nadie á su llamamiento, entra y ve al P. Lacordaire al pie del crucifijo, con la cabeza entre las manos, absorto en una oración entrecortada por los sollozos; se acerca, y arrojándose en sus brazos le dice:

»— *Padre, ¿qué tenéis?*

»— *Tengo miedo;*— le dijo el religioso con el rostro bañado en lágrimas.

»— *Miedo, Padre mío, ¿y de qué?*

»— *Tengo miedo de mi éxito.*»



¿Pero el éxito da miedo? Sí: da miedo á los santos.

El éxito es el sol arrojando todo su calor abrasante sobre una flor delicada, que no pedía sino un rayo débil para abrirse.

El éxito es la lluvia del cielo cayendo á torrentes sobre el tallo que no tenía necesidad, para sostenerse, sino de algunas gotas de agua.